



LAURA THALASSA

LA
MALDICIÓN
QUE NOS UNE

HECHIZADA: EL ORIGEN

LAURA THALASSA

LA
MALDICIÓN
QUE NOS UNE

Traducido del inglés por Ana Navalón Valera

FAERIS

Título original: *The Curse that Binds*

Primera edición: septiembre de 2025

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2025. THE CURSE THAT BINDS by Laura Thalassa

© De la traducción: Ana Navalón Valera, 2025

© De esta edición: Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2025

Valentín Beato, 21. 28037 Madrid



ISBN: 978-84-19988-74-4

Depósito legal: M. 11.762-2025

Impreso en España - Printed in Spain

Descubre aquí el reino de Faeris:



*Para Katie, porque le gusta esta historia muchísimo
más que a mí: Ubi amici, ibi opes*

ADVERTENCIAS DE CONTENIDO

La maldición que nos une contiene algunos temas y descripciones que pueden ser sensibles para ciertos lectores. En mi página web encontrarás una lista completa de las advertencias de contenido.

PARTE I

CAPÍTULO 1

ROXILANA, 7 AÑOS

43 d. C., Cancio, Britania

Los gritos me despiertan.

Por un segundo, estoy segura de que lo he soñado. Ese tipo de alaridos solo podrían haber salido de una pesadilla. Pero el sonido agónico continúa y cada vez estoy más confundida, tanto que ya ni siquiera estoy segura de estar despierta.

El miedo se me aferra a los huesos mientras sigo tumbada en la cama, oyéndolos. Son unos aullidos agudos, aterrados, espeluznantes. Con cada respiración corta y superficial que exhalo, más segura estoy de que esto es real.

A mi lado, mi hermana mayor y mi hermano pequeño duermen, respiran profundamente, despreocupados, ajenos a lo que está ocurriendo más allá de los muros de casa.

Al otro lado de la estancia, no sé si mi madre o mi padre se remueve y se sienta. Me quedo mirando su silueta en la oscuridad, demasiado asustada para decir algo o acercarme corriendo, pero deseo estar a su lado.

Los gritos aumentan en intensidad y cantidad, y ahora llegan acompañados del rugido y el crepitar del fuego.

—Despierta, levántate —dice mi madre. Debe de ser la que se ha incorporado. La distingo inclinada sobre mi padre—. Está pasando algo.

Fuera se oye el golpeteo de los pasos y el pesado ajeteo del metal cuando la gente pasa por delante de casa. A cada segundo que transcurre, los sonidos se vuelven más fuertes, más cercanos. Se oyen chillidos y gritos y unos ruidos húmedos y terribles, que son los que más me asustan. Mis hermanos empiezan a moverse, pero entonces... entonces...

Oigo el crepitar y el siseo de las llamas mucho más cerca... Primero junto a la puerta y luego, con un zumbido, extendiéndose por el tejado de paja.

Un grito, luego un chillido... Creo que han sido mis padres, pero está demasiado oscuro. No veo, así que no lo sé. Estoy temblando y me castañetea los dientes. Algo va muy muy mal, eso sí que lo entiendo.

Alguien se acerca corriendo por el lado de la cama que ocupo y empieza a sacudirnos a mis hermanos y a mí. Me doy cuenta de que es mi madre. Consigo distinguir el brillo del blanco de sus ojos.

—¡Despertad, arriba! —susurra con un tono frenético y ronco.

A su espalda, el humo se arremolina por delante del nefasto brillo naranja de las llamas crecientes. Los ramilletes de hierbas que cuelgan de las vigas se prenden y su fragancia choca con el denso humo.

Mi hermano y mi hermana se despiertan por fin y empiezan a gritar del miedo y la confusión, alguien solloza. ¿Soy yo? Hay muchísimo humo. Me escuecen los ojos. A lo mejor sí que estoy llorando.

Mi madre tira de mis hermanos y de mí, nos grita órdenes, pero el miedo me ha embotado los sentidos. Mi hermana es la primera que se levanta y se dirige hacia la puerta delantera... o hacia donde debería de estar la entrada. Sin embargo, el humo es tan denso que su silueta se desvanece.

—¡Arriba, ya! —me urge mi madre tirándome del brazo.

Me tambaleo hacia delante cuando una parte del tejado de paja se desploma. Grito y me alejo. Soy incapaz de ver a mi madre

y mi hermano, aunque los oigo, pero sigo sin distinguir la puerta. Me doy la vuelta y ahora sé que sí que estoy llorando. ¿Dónde está mi familia? ¿Adónde debería ir?

En la distancia, oigo los gritos de mi padre, pero se acallan de repente. ¿Dónde está? ¿Me está llamando?

Impulsada por el instinto, avanzo hacia el ruido e intento apartar a manotazos el humo que se me aferra a los pulmones y me irrita los ojos. Siento que el corazón intenta escapárseme del pecho. Oigo los latidos incluso por encima del rugido de las llamas.

Pum, pum. Pum, pum. Pum, pum.

Cae otra parte del techo, la paja desprendida arde a mi espalda. Grito, pero enseguida los aullidos de mi madre y de mi hermano eclipsan los míos.

Me doy la vuelta por un instante, pero lo único que veo es el fuego... voraz y difuso.

—¡Madre! —Mi lamento ronco acaba en una tos seca. ¿Cómo va a salir de aquí?

Pumpumpumpumpumpum.

Más gritos. Sus gritos. ¿Están atrapados? ¿Heridos?

La paja ardiendo me cae sobre los hombros e, impulsada por el pánico, huyo en dirección contraria.

La puerta se materializa en medio del humo y la cruzo corriendo. Apenas he pasado del umbral y he notado el aire fresco cuando me tropiezo con algo largo.

Caigo y aterrizo sobre un charco de barro cálido y pegajoso. Aquí fuera los gritos son más fuertes, aunque ya no son los de mi familia. A mi alrededor, mis vecinos huyen por las calles mientras unos hombres con atuendos extraños recorren la aldea blandiendo espadas y acuchillando a la gente. El fuego y el humo me impiden ver nada más. Las cenizas se arremolinan en la oscuridad, estoy segura de que esto es el fin del mundo.

—¡Madre! ¡Padre! —Me arde la garganta cuando grito.

Estoy a punto de ponerme en pie cuando me fijo en el bulto con el que he tropezado. Recorro con la mirada un cuerpo ensan-

grentado hasta llegar a la cara desencajada, donde las llamas bailotean en las pupilas sin vida.

Vuelvo a gritar y mis alaridos se mezclan con los del resto de la aldea. Grito y grito y grito hasta que vomito, y después sigo desgañitándome.

Entonces es cuando la casa se desmorona del todo, las paredes y lo que queda de techo se hunden. Yo sigo chillando y me interrumpo, frenética, solo para decirles a voces a mi madre y a mi hermano que escapen, y a mi padre, que despierte.

Siento que algo se me ha roto por dentro y ha liberado más terror y desolación. Me llevo una mano al pecho, donde he empezado a notar un dolor punzante; estoy segura de que me han herido, pero no siento nada.

Entonces alguien tira de mí con una mano callosa, alguien vestido de cuero y cuya armadura choca y repiquetea cuando se mueve. Empuña una espada y, mientras me arrastra y me obliga a avanzar hacia delante, raja a un vecino que pasa corriendo por nuestro lado.

Vuelvo a gritar, pero me duele la garganta y siento una punzada en el pecho. Mi padre está muerto. Mi madre y mi hermano... C... creo que sé cuál ha sido su destino..., pero no, es imposible que ellos también se hayan ido.

En cuanto a mi hermana, no sé si está viva o muerta; solo sé que no está entre las caras cenicientas de los aldeanos que han apresado estos hombres con armaduras, como a mí.

Al final, los gritos y las llamas se apagan. En cierto modo, el silencio que les sigue es peor que el clamor.

Y cuando sale el sol, lo único que queda de mi pueblo son los huesos de las casas humeantes y un cementerio de muertos sin enterrar.